

Oriente, á este país de la actividad furiosa. La fiebre de cultura de que están poseídos estos hombres hace capaces de comprender al través de innumerables experiencias y de traducir en formas palpables, esa poesía de la pasividad meditativa, tan contraria á su raza. Sufrí al dejar este taller de John Lafarge, como después de la lectura de ciertas novelas de Henry James, la impresión ó mejor la evidencia de que la Alma americana, desde el momento en que dirige su voluntad hacia la delicadeza llega á agudezas de análisis y de visión que no se igualan. Pero ese pintor, como ese novelista, son unos solitarios. Ni uno ni otro forman parte, no digo de una escuela, pero ni de un grupo. La personalidad, la individualidad irreductible de su cultura es aun un carácter de su país y que ya he señalado. Por solo él no puede predecirse que deba haber algún día un arte americano. Seguramente que en la actualidad, hay grandes, admirables artistas americanos, y esto sobra, después de todo, para dar gloria á un pueblo.

X

EN EL SUR

EN FLORIDA

Podría escribirse un volumen sobre la diferencia entre el Norte y el Sur. Como solo hice una corta excursión en este Sur, que aún se halla medio arruinado por la guerra, transcribiré simplemente las no-

tas que tomé sobre la parte más exótica de este otro país: La Florida. Entre Jacksonville y Lake Worth, á lo largo de esa península baja—y con frecuencia más baja que la mar,—roída toda ella por lagunas, por lagos y por ríos, que desciende hacia los *Everglades* y más abajo hacia las Antillas, he visto, sobre todo, paisajes de vejetación casi tropical y de intensidad inolvidable. Una civilización completa se bosqueja en ese país cuyos primeros poseedores, los indios Seminolas, hace todavía medio siglo no estaban domados. El asesinato del Dr. Henry Perrins en una de las islas ó de las Kenys, de las Llaves—esas rompolas de la península—data del 7 de Agosto de 1840, y el primer viajero, un Neo-Yorkino, que exploró el Okeechobec, que es uno de los grandes lagos del interior, emprendió su expedición en 1881. Aun hoy día, una excursión que se separa fuera de las líneas de camino del fierro que van á Tampa, en el Golfo de México y á Palm-Beach que está hacia el Océano, tiene que superar inmensas dificultades. Mas esto no impide que un gran número de jóvenes americanos amantes de la caza, de la pesca, del yachisting y sobre todo de la vida silvestre, vayan á visitar cada invierno y cada primavera esas partes casi inaccesibles de la península de florido nombre.

El lector que quiera seguir el diario de turista que contiene las diversas etapas y que trascibo en este lugar, encontrará en él una excursión más modesta y enteramente facil. Si acaso he tenido el talento de evocar en estas páginas, los horizontes con los que he acariciado mis ojos, en los tres meses de primavera que pasé en ese admirable país, habré conseguido entonces expresar la impresión que conservo del Este Americano. Es un mosaico sin transición, el paso súbito de la tierra de las fábricas y de la indus-

tria á la más intacta y más virginal de las naturalezas. Que será pues, la costa del Oeste, la California meridional que se extiende desde San Francisco hasta los Angeles y más abajo? Y como podré consolarme de no haber tenido tiempo en esos diez meses de viaje para llegar allá? Pero los Americanos tienen razón al hablar de la grande escala sobre la que está establecido su país. Esta escala es muy grande únicamente.

Jacksonville, día de Pascuas, 94.

... Una ciudad de casas de madera, pequeñísimas con calles llenas de polvo, y á lo largo de estas calles embanquetadas de madera como las casas, árboles de mágicos verdores, un desborde, un surtimiento de verduras que no ha tenido tiempo de ensuciar ese polvo. Lilas de Persia, como las que he respirado en Oriente, suben asomándose hasta la calle, gigantes cas, en flor y perfuman el aire ya cálido. Y naranjos cargados de naranjas, núperos del Japón amarilleando por las frutas, bananos, palmeras, la proximidad de otro mundo más, después del de Georgia. Atraviesa entre rayos de sol un aroma penetrante y se vé un cielo casi blanco en el intensísimo azul, como el que había sobre el mar Muerto, el año pasado cuando al salir del convento bravío de Mar Saba percibí el agua inmóvil y la desnuda línea de las montañas de Moab. Pero allá, la leyenda y la historia se mezclaban para mí á la sensación de la naturaleza. Aquí, sufro el contacto de la naturaleza nada más, con su forma carnífera, con su flora violenta y con los fenómenos, mejor dicho con los cataclismos de su

atmósfera.—encanto y peligro que se perciben en el aire que se respira en detalles insignificantes, que se ven en los ángulos de la calle, en los saltos súbitos de la temperatura, y en toda la vida de esa corta ciudad, tan apacible en esta mañana de Pascuas.....

... Negros y más negros. Parece ser que la ciudad les pertenece por completo, tanto así pululan en sus calles; los hombres con redingote, con grandes flores en los ojales y con pantalones de colores vivos, las mujeres vestidas con telas escandalosamente claras. El verde manzano, el rojo punzó y el rosa claro dominan. Corsés cortados en forma de Fígaro les oprimen el cuerpo, sombreros adornados con listones y con flores enormes se asientan sobre sus cabezas donde los cabellos van en trenzas delgadas muy apretadas para disminuir ó destruir lo crespo de su pelo natural. Sonríen descubriendo sus blancos dientes entre sus gruesos labios. Los dientes de los hombres les contestan con sonrisa parecida, y todos y todas se saludan, se abordan con ceremoniosa familiaridad, con esa especie de desparpajo amanerado propio de esa extraña raza. Pasan de mil los que se visten de blanco. Son neófitos los que acaban de ser bautizados en el río. Todas esas gentes son felices por vivir en el mundo en ese caliente domingo de Abril. Veo muchos que se aprietan delante de la puerta de un templo y distingó la propia mescolanza de colores, batallar en el adorno de las mujeres que están sentadas y dispuestas á oír á un famoso predicador. La voz de este *clergyman* negro, que se encuentra en pié sobre una estrada, llega hasta mis oídos por sobre las ondulaciones de tonos boruquientos. Acciona, sus ojos enseñan su blanca esclerótica y giran convulsivamente. Acaba de pintar el infierno con la elocuencia de un visionario inocente y ahora anuncia

la salud ofreciendo al Cristo, de modo parecido al de un titiritero que ofrece un remedio.

"Do you accept Christ? Toman ustedes al Cristo?..."

En esos atavíos, en esa religión, en esas sonrisas, en esos recogimientos siento muy cercano al salvaje y pienso en el juego singular del destino, en la pasmosa sorpresa del acontecimiento, que nos convierte en los obreros de una tarea que no habíamos previsto. Contemplo esta ciudad americana, llena en su totalidad de negros felices, de "ladies y de gentlemens de color," como les dominan los blancos irónica y políticamente, que disfrutan de las vías férreas construidas por estos de los tramways inventados por ellos del telégrafo distribuido también por estos mismos, y de la justicia y de las leyes elaboradas igualmente por los propios blancos. Después me trasporto cincuenta ó cien años atrás. Y el África se me representa lejana y ardiente; las barracas construidas con hojas bajo el tórrido sol, los reyes poseídos de la pasión por los sacrificios humanos, la existencia totalmente bestial, idólatra y homicida, el arribo del negrero y el transporte de los bisabuelos y de los abuelos de estos al fondo de la cala del buque. Así han llegado á ser los traficantes en madera de ébano los benefactores de las familias á cuyos antecesores apriscaban de ese modo para comerciar con ellos en alguna playa de ese Sur, hoy arruinado por la guerra. Creyeron hacer esclavos é hicieron ciudadanos de la América libre. En ocasiones tiene la Historia esta clase de ironías de doble cara como para probarnos que somos nada más muñecos en manos de un autor invisible, quien dirige la máquina del Universo conforme á sus ideas. Nuestras buenas intenciones tienen consecuencias miserables. Tal pasó con los bravos hombres de 1789 que preparaban el

terror cuando creían decretar la fraternidad! Y, en otras veces, crímenes atroces de lesa-naturaleza se resuelven en beneficios que ninguna caridad hubiera pensado intestar....

.... Llamé á uno de esos negros, que estaba pezonesamente sentado en el asiento de una calesa de altas y delgadísimas ruedas. Era un anciano de sesenta años aproximadamente,—no se sabe con exactitud su propia edad,—que fué esclavo hasta hace cosa de treinta años. Es chiquitín, arrugado, de ojos brillantes en su cara apergaminada—cara negra, pero empañada por la edad y que no conserva vestigios del lustre brillante de la piel de los jóvenes. Barba blanca, corta y crespa, como lama espumosa, cubre sus carrillos y su barba. Nos contratamos para que me enseñe la ciudad, después de todas las complicaciones de conversación á que están acostumbradas estas gentes. Uno de ellos á quien ayer encargaba un viajero en un carro Pullman, que le despertase en la mañana, lo que yo presencié, comenzó diciendo:

—"Diré á usted, señor; si es que llegamos con toda exactitud debe usted levantarse á las seis. Pero, ahora vamos atrasados. En el camino, en Nayece me, debemos dejar cuatro coches; y entonces si caminaremos á todo vapor."

Y como el otro le preguntó:

—"Entonces á qué hora me despertará usted?"

—"Diré á usted, señor" replicó el negro; "yo siempre pregunto á mis pasajeros: cuánto tiempo tarda usted en vestirse? Si usted me contesta que media hora, le despierto á usted media hora antes de llegar á la estación; si una hora, llamaré á usted con una hora de anticipación...."

Y así siguen indefinidamente con una sonrisa va-

nidosa y misticadora, importante y familiar!... El cochero de esa mañana tenía la misma costumbre de locuacidad cómica y pueril. Cuando el calesín rodaba primero por las calles y luego por los campos, acabé por obtener de él algunas confidencias precisas sobre su estado anterior. Tenía buenos amos y era feliz. A pesar de ello también es dichoso con ser libre.

—“Ahora trabajo lo mismo que ántes, pero, si estoy mal, puedo cambiar...”

Esa frase resume su fatalismo de esclavo nato, de hijo de una raza domada para siempre. La pronunció con la impasibilidad de un hombre que evidentemente no había pensado nunca que su suerte podía modificarse y cuya alma no se ha modificado con la metamorfosis de su suerte. Salimos de Jacksonville y en el extremo de una alameda de lilas de Persia, siempre en flor, se percibe el río Saint-John, enorme y clapotante,—especie de estuario por el que comunican entre sí los grandes lagos del interior y del Océano. Hace un momento era azul bajo el cielo que despedía una radiación tropical, y se ha oscurecido primero hasta el gris plomizo y después hasta el negro; y comenzó á correr un calor frío sobre las casas de madera y sobre los árboles. Una nube violeta, color de tinta, que se formó en diez minutos, creció, creció. Ví llegar á la tempestad como á un hombre que corre. Se levanta el polvo en torbellinos que ciegan á los animales y á las gentes. Los árboles se tuercen, las casas tiemblan, el coche y el caballo retroceden. El negro me dijo:

—“Esto no es nada; ya pasó la estación de los huracanes.”

Y derrepente, sobre el viento, sobre el polvo, sobre las casas, sobre los árboles y anegando, aplastan-

do todo, se desata una lluvia, parecida á las de Georgia, ininterrumpida, inagotable,—una catarata de agua caliente derramada de un abismo. Lo repentino y lo intenso de esa formidable tempestad revelan una naturaleza terrible y sin medida en el despliegamiento de su fuerza;—una naturaleza donde el hombre es tan poco que, para soportarla, necesita identificarse con el animal, no razonar ni querer,—sufrir. Y así es como se manejan esos negros. Abrigado en la sala baja de una casa de bateleros, ví al cochero y á un grupo de semejantes suyos, recibir ía tromba como el mismo caballo, paciente pasivamente. El sol volvió. La tempestad ha partido con la misma rapidez que vino, y todo ese pueblo vuelve á andar con sus sonrisas, con sus saludos, con sus niñerías y con su pretensión y sentado sobre la calesa comienzo yo también á platicar con el cochero negro que me condujo hacia lo que es orgullo de la ciudad, hacia el jardín zoológico,—el *Zoo*, como le llama valiéndose de la misma abreviatura que el hostelero de Philippeville.

La originalidad de esa colección, enteramente suaria, consiste en que todos los animales reunidos en ese recinto han sido regaladas por personas del país. Todos pertenecen á la clase de las que el cazador y el transeunte están expuestos á encontrar á cada paso, una vez que han salido de las poblaciones, y la familiaridad con la cual otro negro, el guardián del museo, anda entre esos monstruos, testifica que la imaginación de las gentes del país está muy habituada desde su infancia á esa formidable fauna. Este, con los piés desnudos, flexible con una agilidad de medio-gorila, se desliza bajo las ramas que sobresalen de las paredes, sin casi causar ruido, y me conduce de ese modo hasta la orilla de un estanque don-

de duerme ó parece dormir un enorme cocodrilo, capturado á algunas millas de distancia.

Inmóvil en medio de su agua, no está separado el monstruo del ribazo por ninguna muralla. Un día de estos, mañana, tal vez pasado mañana saldrá de allí, como acaban de hacerlo otros veinte más jóvenes, que caen en el agua cerca de nosotros. El mayor de ellos, con sus ojos chiquitos colocados muy arriba sobre su temible cabeza, tan grande como un busto, no pierde uno solo de nuestros movimientos. Su espantosa cola, que sobresale en el agua como una cresta, se mueve apenas y esto basta para que se vuelva hacia nosotros, con movimiento de animal que acecha, con destreza y con agilidad. Y cuando, al llegar sobre el puente que franquea el pantano, el negro le lanza por burla una gran piedra, las mandíbulas del animal gruñen con tal furor que le hace medio salir del agua enseñando su torso con patas semejantes á brazos. El negro me contó tranquilamente que en el río de Saint John así fué devorado un pescador el otro día.

“Historias de Florida!” dicen las gentes del Norte, como nosotros decimos “cuentos de Marsella! . . .” Pero lo que no es ni una historia ni un cuento es qué cerca del estanque donde llora el cocodrilo, hay una caja alumbrada de donde se escapa un ruido de escofina que conozco mucho. Una serpiente de cascabel de la especie mayor está allí. Un negro fué quien la trajo hace ya varios días. Mi guía me explicó el procedimiento de que se valen para esta peligrosa captura:

—“Se conocen los lugares donde vienen á tomar sol. Son torpes cuando no se han enroscado. Se prepara una horqueta de madera y cuando se ve una extendida y que se está calentando, se avanza por de-

trás de este modo y se le plantan, las dos puntas de la horqueta allí, precisamente sobre el cuello, detrás de la cabeza, después se aprieta y se la tiene así.”

Y acciona la escena de caza, con destreza, mientras que la víbora de cascabel que está encerrada y que siente que estamos cercanos, activa el ruido de sus anillos. Enroscada sobre sí misma y dardeando su lengua bífida, enseña su cabeza triangular y chata. Su cola se endereza junto á esta cabeza. Es tan rápida la vibración de los anillos cuando nos inclinamos sobre la jaula, que no se les distingue. Las glándulas de sus carrillos hinchadas y tras las que adivino los ganchos agudos que pude estudiar días pasados en la casa de M. Scott, se inflaban más aún por la rabia. Tiene sobre el dorso la placa de escamas negras y amarillas que le ha valido el sobrenombre de crotal diamante. Me vuelvo para ver dentro de otra caja, enrejada también, pero ésta en uno de sus lados nada más, varios gatos monteses que se pasean,—felinos de movimientos tan ágiles, de maulidos tan feroces que ponen á descubierto sus formidables dientes. Es este el animal que ocupa el sitio, entre nuestro angora doméstico y la pantera, pero que está mucho más próximo de ésta que de aquel. Águilas gigantes de garras durísimas y blancas que emergen como piés por debajo de un calzón de plumas negras,—osos de pelo corto con hocico espiritual y que parece ser el bosquejo de una trompa,—monos aulladores é irritables,—más serpientes, y entre otras, la terrible habitante de los ríos que llaman aquí el *watter mocassin*, completan esta casa de fieras.

Ella basta para hacer comprender la existencia bravía que tuvieron los Seminolas en esta península ardiente y febril, revestida toda ella de una tan exu-

berante y viva vegetación. Los grabados antiguos les representan cazando al cocodrilo con trampas, cocinando la carne de las serpientes de cascabel ó extrayendo un aceite destinado á curar los dolores. Su industria había dado cuenta ya de esta terrible naturaleza que siguen explotando los blancos tan animosamente. Si se abandonase á los negros es muy probable que volviesen á pulular de nuevo los monstruos, como también que después de algunas generaciones y con el auxiliar del atavismo, reaparecieran cultos análogos á los de la vieja Africa, tanto así esos pobres seres se conservan próximos del salvaje primitivo, cual eran su bisabuelo y su abuelo antes que cumpliera el negrero con su obra extraña de involuntaria civilización.

Jacksonville, 28 de Marzo.

Un Bostoniano establecido en Jacksonville, á quien interrogo sobre el retorno de los negros á la vida africana, que puede realizarse aun aquí, á causa de un atavismo irresistible, me llevó á uno de sus cementerios. En él veo tumbas adornadas con las decoraciones más raras. Botellas de gengibre, de barro, enterradas con el cuello para abajo, rodean á varias tumbas, donde no se ven ni lápidas ni nombres. Después me propuso una larguísima excursión, á un campo que posee bastante lejos de aquí, en los confines de la Georjía, para presenciar una ceremonia de metodistas aulladores.

..... La iglesia á donde fuimos en la noche es una pobre choza en medio de los bosques. Fuimos á ella en coche, con una luna de brillo tan vivo que

se diría que era plata en fusión. Una admirable noche de primavera, azul y tranquila como las del estío en Francia. Ojamos el canto de los sapos en los pantanos y flotaba en el aire el suavísimo aroma del *crab apple*. Al dar una vuelta aparece la iglesia bañada por la luna. Es una especie de barraca de madera, montada sobre estacas y capaz para cien personas. Había nada más diez cuando entramos, pero después veinte y luego treinta, negros y negras. El mobiliario consiste en algunas bancas y una cátedra, alumbrado por una lámpara que va apagándose poco á poco. Ese pábilo miserable basta para que, habituado á esa luz intermitente, distinga algunas fisonomías; primero la del dean, de cara muy redonda, casi hinchada. Brilla lo blanco de sus ojos sobre su piel lustrosa y restirada; sus gruesos y macizos labios le dan aire caprichoso, obtuso y sensual, y su redingot manchado, raído, verdioso, se sostiene apenas sobre su dorso enorme. Otro que á lado suyo parece berberisco. Su color es negro, casi aceitunado, propio de ciertas tribus de las montañas del Marroc. Le miro con mayor atención en los momentos en que, á una señal dada por el dean, todos los asistentes entonan un cántico. Después de algunas coplas le invade el éxtasis. Su labio superior se arremanga en los dos ángulos convulsivamente y descubre sus dientes blanquísimos con risa en la que hay á la vez sensualidad y crueldad.

Los cánticos suceden á los cánticos. Después de una melopea bastante tierna, estas gentes repiten monótona y apasionadamente un estribillo, como: "*Mirad á Moisés*" ó "*Eva está allí*" ó "*¿Acaso no sabeis que este es el momento?*" ó bien "*Oh! talones de plata*" ó si no "*Yo tengo un Dios justiciero detrás del sol, detrás de la luna*"

Las voces de las mujeres son las que ahora dominan, pues acaban de llegar en mayor número. Son criaturas delgaditas con los cabellos en trenzas, siempre muy finas. Algunas de ellas han entretreído con cinta blanca cada una de esas trenzas chiquitas, atándolas con nudos muy apretados. Nada más raro que esas veinte ó treinta cadenetitas, resaltando en blanco sobre el negro de la cabeza. Otra, la más anciana,—tiene sesenta y cinco años—ha inventado, por coquetería, ponerse sobre sus cabellos verdaderos un bonete negro muy tupido que forma peluca y sobre el que lleva puesto el sombrero. Cifre su cuerpo un cinturón de cuero que estrangula su talle sobre una blusa de seda y cuando canta se tuerce las manos con ademán flexible y rítmico, parecido al de las danzarinas javanesas. En un momento dado y cuando los cantos parecen haber excitado suficientemente á los fieles, el dean les dice:

—“Ahora podeis dar alaridos hasta que caiga el techo”

Y las mujeres se levantan y dan principio, acompañadas con los gritos y con las palmadas que dan los hombres, al más bárbaro de los ejercicios, á una danza de caníbales á la que solo faltan las víctimas. Caminan resbalando sobre el suelo los dos piés y casi sin separarlos de él, con un movimiento de riñones, de flexibilidad increíble, bajando y extendiendo la cabeza, y doblándose sobre las caderas. Creeríaselas atacadas de epilepsia, poseídas de vértigo. Y andan, andan de esta manera, en círculo, mezcladas á los hombres que acaban por imitarlas. Es una danza del vientre cuyo ritmo se marca por la repetición indefinida del estribillo bíblico ó evangélico. Los misterios impuros de la antigüedad tomaron sin duda alguna, ritos semejantes á las profundidades de la Nu-

bia y de la Etiopía. Resuena toda la capillita de madera al paso de esta procesión que da alaridos. La antigua esclava del cinturón de cuero trisca en derredor, sin poder hallar su cuerpo envejecido, las aptitudes vivas de las más jóvenes y un negrillo, apenas de tres años de edad, y en camisa, aulla también y danza imitando á esos gorilas.

Este cristianismo gesticulador en el que se pronuncia sin descanso el nombre de Jesús, el del *Old Paul*, del “Viejo Pablo,” y el de *Holy Ghost*, del “Espíritu Santo,” se resuelve en crisis nerviosas. Cae un fiel y es *hapdy*, dichoso como dicen ellos y es necesario llevarlo. Tengo aquí la impresión de la vida religiosa en el punto preciso donde toca con la vida animal y también la evidencia de que la raza negra, si los blancos no se dedican á ella en cuerpo y alma, establecerá en ese Sur librado de la esclavitud una verdadera Africa, un borrón de salvajes; y que esta mancha crecerá devorando todo hasta convertirse en un peligro para la nación. Mi guía no logró hacerme sonreír cuando me contó que algunos americanos piensan seriamente en fletar navíos que transporten á la Africa real á todos los gentlemen de color. Otros piensan en cederles un territorio que puedan administrar á su antojo, pero de donde no puedan volver á salir. Todos tienen la evidencia de que la cuestión negra se sentará de nuevo un día cualquiera. Sin embargo, un hecho permite esperar una solución favorable: en estos diez últimos años el número de blancos en los diez y seis Estados del Sur ha crecido más que el número de negros. En 1880 los blancos eran: 12.578,253. Ahora son: 15.549,338. Los negros eran: 6.090,255. En el día son: 6.898,806. Estas cifras y la educación representan la parte de optimismo necesario para consolarse al salir de escenas tan

degradantes como esa ceremonia nocturna verificada en medio del bosque misterioso y á la luz de la luna del astro de los encantamientos turbios y de las liturgias culpables.

San Agustín, 30 de Marzo.

Una hora escasa hay de camino entre Jacksonville y San Agustín. El tren atraviesa el río de Saint-John sobre un puente tendido casi al ras del agua, como tantos otros que se ven en Estados Unidos, por lo que llega uno á habituarse á esa frágil audacia. En seguida entra en la selva, en una selva que era virgen ayer todavía, y donde todo redobla la impresión de la naturaleza peligrosa. Se ven de nuevo los terebintos, rayados en su base con una ranura que ha servido para extraer la resina, y tan profunda, que algunos se han caído. Entre sus troncos, caídos ó en pie, hormigüea—césped monstruoso á propósito para que se arrastren en él las serpientes de cascabel y los gatos monteses,—cantidad innumerable de palmettos, de palmas pequeñísimas y sin tallo. Sus verdes y anchas hojas cubren los senderos que no se ven. Las arboledas, de árboles, y los altos renuevos en su fondo, allá abajo, contribuyen para dar á esas profundidades un aspecto temible de enredadera. Surgen de cuando en cuando barracas de madera, dejando ver en su dintel la sonrisa de un negro ó de una negra, esa sonrisa atormentadora que flota sobre los blancos dientes de toda esa raza anfiada, y se le encuentra sobre las cucharas de plata que se venden en los despachos de los hoteles, á título de recuerdos, con esta divisa: "El Sur aso-

leado"—*The sunny South*,^o ilustración irónica del verso del poeta:

*Bello, fresco, sonriendo de satisfacción en esta amarga
(vida! . . .*

Un jovencito blanco, descolorido y nervioso, y cuya sonrisa es amarga como esa misma vida, recorre indefinidamente el tren. Procura vender, primero novelas, luego periódicos, después guías ilustradas, en seguida plátanos y naranjas, y el contraste de su actividad con la indolencia de los negros, resalta más aún en medio de ese paisaje de luz. Deposita los libros sobre las rodillas de los pasajeros, les obliga á oler las frutas. Ninguna negativa le desanima; ninguna indiferencia le desalienta. Es el animal de presa hambriento que quiere vivir. Hace sesenta años hubiera sido traficante de esclavos con igual rigidez. Mañana será tal vez comerciante de terrenos en esa misma línea, carbonero, hostelero, ¿quién podrá saberlo? Pero aparecen un nuevo río y casas. Reconozco perfectamente los minerales de estilo morisco del hotel Ponce de León, célebre en toda América. Era en cierta época tan caro, que uno de mis amigos pretende que se pagaban cinco *dollars* por verlo. Es San Agustín, el Cannes de la América ó su Monte-Carlo, vieja ciudad fundada hace trescientos años por los españoles, quienes asesinaron á una colonia de hugonotes franceses. Aquí se realiza también la melancólica frase de Buchon, de ese gran erudito tan poco conocido, que decía al descubrir bajo la Morea Veneciana toda la Morea Francesa: —"¡Qué país en el mundo no habremos conquistado y perdido!

. Ahora son hoteles y más hoteles, jardines y más jardines llenos de naranjos, de granados, de lau-

rel, rosas, de carrascas, y en medio, un resto pequeñísimo de ciudad española, una calle estrecha que va de un fuerte arruinado á una plaza donde tenía lugar el mercado de esclavos; ese es todo San Agustín y sus excelencias. La vieja calle es sinuosa. Se comprende que se construyó como *la calle de las Serpes*, en Sevilla, para establecer una corriente de aire fresco en los días ardientes del estío. Sus casas bajas están tan aproximadas que los balcones de su piso último casi se tocan. Desde las azoteas se puede platicar de una á otra habitación sin moverse, entre flores y aspirando en las noches tropicales el soplo de las brisas que vienen del mar, del océano, que allá abajo, á lo lejos, y detrás de la isla Anastasia, borda la playa con su móvil franja de espuma. Aparece en la alucinación de un momento la vida colonial del otro siglo con su intimidad y sus peligros. Se adivina, mirando el fuerte Marion, flanqueado por sus anchos bastiones y protegido por sus gruesas murallas, el ataque siempre inminente. La vieja ciudad no era sino un pequeño campamento al derredor de esa vasta ciudadela, construida para que sirviese de asilo á toda la población. E inmediatamente á lado suyo rivalizan en lujo los hoteles colosales, y las villas suceden á las villas. Aquí, como en Newport, se hace constar, aunque en menor grado, cuánto dinero gasta el americano para divertirse y cómo está siempre pronto para prodigar el lujo. Se calcula cuánto dinero han de haber "hecho" todas las gentes que invernan aquí para poder vivir como viven. Sí, hay una América antigua bajo la América actual, pero cuán lejana está y cuán extraña é irreparablemente sepultada!

San Agustín, 30 de Marzo,

La vida del hotel en Estados Unidos no se parece ciertamente á ninguna otra. Es preciso ocurrir á San Agustín para comprender hasta qué punto disfrutan de esa vida esos rudos trabajadores, lo que le exigen y cómo ella corresponde á sus cosas peculiares, íntimas y profundas. En estos momentos y aunque esté muy próximo el fin de la estación de invierno, encuentra el viajero donde alojarse en esos edificios en forma de palacios, que se asemejan: este al Alcazar, aquel á la Alhambra y el de más allá á una vasta construcción de la época colonial. Y en todos ellos hay una ostentación de riqueza con la que visiblemente se embriaga todo ese mundo de pasajeros. Al revés de los huéspedes de un gran hotel de un balneario europeo, estos se sienten en estos suntuosos *halls*, en sus patios magníficos y entre sus *peluches* y sus cuadros, tan desahogados como en su propia casa, ó mejor que en ella. Muchos han llegado de ciudades nuevas del Centro, del Norte y del Oeste. Su fortuna, reciente como esas ciudades, les comunica el gusto por un lujo y por un confort tan brutal cuanto fácil y que el hotel les ofrece. La brutalidad no la sienten y se deleitan con esa facilidad.

Es necesario verles durante el día, balanceándose sobre los *rockings* á los sonos de la orquesta, que desde la una hasta las tres y desde las ocho hasta las diez, hace vibrar el vasto edificio. Después de la comida se organiza un baile en el que todos danzan. Los hombres de setenta años hacen los solos de caballeros en las cuadrillas, una abuela baila una polka junto á su nieta y los jóvenes valsan con la ligereza incomparable de las gentes de aquí. El movi-

miento y el entusiasmo con que se ejecutan estos bailes, el ritmo tan vivo de las "pasos" que realmente se brincan y no se andan, dejan ver una fogosidad física de los sentidos más jóvenes, un ardor en el placer igual al ardor en el trabajo. Debido á ello toda esa sociedad está de gran etiqueta; los jóvenes son presentados á las señoritas por otros jóvenes. Alegres grupos se instalan en todas partes, en las escaleras, en las azoteas. Hay en el aire tan buen humor que haría creer que todas esas personas se conocen desde hace años, sino fuese porque, sin cesar, infinitas presentaciones se hacen á vuestro derredor. Los innumerables "*Very glad to meet you,*" pronunciados por viajeros que se estrechan la mano con fuerza y que no se saludaban todavía en la mañana, producen una impresión fantástica: la de una estación donde un tren entero de *turistas* fuesen presentados unos á otros, atropellada, indistintamente. La pasión de los americanos por los nuevos conocimientos me hace recordar una anécdota que me contó uno de los antiguos ministros ingleses en Washington como al partir pidiese algunos consejos á un Neoyorkino muy espiritual, sobre la manera de tener éxito en los Estados Unidos, éste hizo con la mano el ademán de sacar su cartera, haciendo como que repartía tarjetas y más tarjetas, anunciándose, repitiendo indefinidamente esta fórmula: "*Carding, carding, carding, carding.*"

Esta locura por el placer y por la vida social llega hasta los domésticos de esos hoteles que están continuamente cambiando su menaje. Los de la hospedería que habito dieron esta tarde para divertirnos, lo que llaman un "*cake walk,*" literalmente un *paseo de pastel*. El hecho viene á ser un concurso de andarines cuyo premio consiste en un pastel. En el

centro del más vasto de los salones está instalado un tribunal compuesto de cinco negros revestidos de gravedad cómica. Adelante se hallan dos músicos: uno tocando el bajo y el otro la guitarra. Tocan indefinida é infatigablemente sonatas tan agrias y llanas, tan ritmadas que hacen crispas los nervios. Las parejas que entran al concurso andan, caminan al rededor de la sala, apoyándose la mujer en el brazo del hombre. De lo que se trata es de desfilas al paso, siguiendo exactamente el compás de esta música y dando vuelta en los rincones formando escuadras y sin perder el compás. Sobre una mesa espera al vencedor una especie de torrejón de repostería almenado con azúcar candi. Los candidatos á este raquítico premio, son, como se subentiende, negros y negras. A medida que la marcha se prolonga, las caras se alargan más y una sonrisa de desafío las ilumina. La voluntad de brillar, de hacerse notar, se reconoce en la crispatura del brazo izquierdo que lleva libre el hombre y del brazo derecho en la mujer. La fuerza vanidosa, impresa en todo su ser, revela lo que constituye el verdadero fondo de estas naturalezas infantiles. La primera marcha ha terminado, y los jueces votan una primera vez. Quedan eliminados algunos de los concurrentes y comienza otro concurso entre los vencedores del primero. Uno de los andarines es ahora el favorito; toda la concurrencia le dá ánimos. Vence y se le vé salir de la sala escoltado por sus partidarios y llevando en las manos su pastel con incomparable orgullo.

Rocklede, 2 de Abril.

Casi al salir de San Agustín, comienza á cambiar el paisaje. El palmeto que se arrastraba en el suelo,

formando malezas empieza á crecer. Al principio es tan alto como un niño, después como un hombre y luego como dos. Sus columnatas crecen muy juntas. Aparecen árboles extraños cuyo tronco surge de un bulbo enorme, semejante á la cebolla de un orquí gigante. Los campos de naranjos se multiplican, pero más vastos, más profundos, y la atmósfera ardiente revela la aproximación de los trópicos que ya están más cerca. Pero la energía americana no parece estar influenciada por el clima. Este Mediodía no tiene del mediodía, sino la vegetación y la luz. La dura raza de la voluntad está en él, siempre tensa para la lucha. Los furgones cargados de frutas se suceden en la línea del camino de fierro, en tanto número como los que trasportan la carne en los alrededores de Chicago. Aquellos son ventilados como los otros son helados. Se miran las llanuras desmontadas cubrirse de esos naranjos que no eran del país. Hace apenas veinte años que empezaron á plantarlos en esta tierra y hoy el comercio de las naranjas de la Florida amenaza al de las naranjas de España y de Sicilia.

Así como en los límites del Oeste, esta línea del camino de fierro siembra pequeñas poblaciones á lo largo de sus rieles y allí se encarnizan las especulaciones de terrenos. Se me refiere que en Lake-Worth, donde llegaré pasado mañana, uno de los magnates de la Compañía ha levantado súbitamente un hotel en una especie de desierto, un hotel que es un palacio, después prolongó la línea hasta llegar á él y está en vía de nacer, allá abajo, una villa de invierno como por encanto. Aquí también se encuentra la obsesión por la Europa mezclándose, entre estas gentes, á las originalidades intensas de su espíritu de Empresa. La idea de dotar á su país con una *Rivera*, es la que acu-

dió al espíritu de los grandes especuladores de Florida y lo han conseguido sin lograr esparcir en esta costa lo que forma el encanto de nuestra Provenza: esa linda fiebre de la sociabilidad cosmopolita; ni el atractivo del río de Génova, esa vecindad de los primeros museos y de las primeras iglesias de la divina Italia. Pero si esta Florida no tiene la elegancia de Cannes, ni las fiestas de Niza, ni el hechizo del arte Toscano en cambio qué paisajes y qué naturaleza!

En la tarde fuí á pasear á la orilla del *Indian River* que mañana bajaré. Es una laguna interminable, de 160 millas de largo, de 8 millas de ancho en algunos lugares y de 50 piés en otros. Una cinta de tierra que se desenvuelve indefinidamente la separa del Océano. Se extiende de ese modo á lo largo de toda la península, toda ella sembrada, en su apacible playa, de estaciones invernales como aquella donde me detuve hoy en la mañana. Eran las cinco, El sol, poniéndose sobre el horizonte envolvía con una especie de polvo vibrante y luminoso la exhuberancia de la vegetación. Seguía yo, por entre los palmeros, el sendero que costea la tierra. Estos hermosos árboles germinaban por todos lados, no en bosquecillos como en los países de Oriente, sino en selvas, irguiendo, inclinando sus gigantes troncos, derramándose en lo alto en raquetas de las que saca el viento un murmullo metálico. Entre esas cañas que parecen forradas con una corteza deshilada, plantas inmensas, de esencia desconocida para mí, subían en matorrales cargados de flores enteramente abiertas, rojas ó azules,—flores de trazo, de seda, de terciopelo, tan anchas como dos veces el tamaño de un lirio. Se mezclaban á estas flores y á estas palmas, carrascas enlazadas sofocadas bajo las redes de las lindas de un verde palidísimo. Y derrepente, en un lugar cual-